

SÉPTIMA CONFERENCIA

La Técnica literaria de Baltasar
Gracián,

por el

Ilmo. Sr. Dr. D. Miguel Allué Salvador,
Profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza,
Director del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza
de la misma ciudad.



EXCMOS. E ILMOS. SRES.:

SEÑORAS Y SEÑORES:

“Fácil es adelantar lo comenzado, aunque no todo lo que se prosigue se adelanta”. Son palabras de Gracián al principio de su libro “Agudeza y Arte de Ingenio”. Con ellas quiero comenzar esta disertación, poniendo así de relieve el ancho campo que han abierto a la meditación de la obra literaria de Gracián los doctos conferenciantes que, en esta misma tribuna, han examinado luminosamente aspectos diversos de la vida y de la producción artística de este gran escritor aragonés del siglo XVII. Esas palabras sirvenme también para anunciar la modesta aportación que mi conferencia ha de traer al acervo común de los estudios gracianistas.

“La técnica literaria de Baltasar Gracián” es el tema que me incumbe; tema amplísimo y muy sugestivo, pero lleno de dificultades que yo procuraré salvar, ayudado de vuestra benevolencia, de la mejor manera posible. Tened por seguro que es mi propósito expresarme en todo momento con sencillez y con claridad.

Plan de esta conferencia.

Para su mejor comprensión, ya que se trata de una disertación académica, al modo de una lección de extensión universitaria, dividiré mi trabajo en tres partes: En la primera, trataré del artista, de su temperamento, de las fuentes de su erudición, en

una palabra, de su formación literaria. Extremo importante, en esta primera parte, ha de ser el análisis del ideario estético del escritor.

En segundo lugar examinaré su obra literaria, especialmente su libro "Agudeza y Arte de Ingenio", que es, en rigor, el código literario de Gracián.

Y en tercer término nos ocuparemos en el estudio de los juicios que ha merecido a la crítica la producción de este artista singular y originalísimo que, lejos de envejecer, se nos muestra remozado con el correr de los años y de los siglos.

I

El artista.

Su temperamento.

Baltasar Gracián, hombre de baja estatura, flaco de cuerpo, ligeramente encorvado, cabeza grande, frente espaciosa, y mirar sereno y penetrante, es un artista extraño y singular, que se destaca con relieve originalísimo en nuestra historia literaria.

Si no tuviéramos otras noticias de su vida, bastaría conocer sus obras para saber que fué un temperamento frío y analítico, un carácter tenaz y rebelde.

Las correcciones que se le imponían, dentro de la regla monástica en que viviera, las soportaba con tal resignación que no le turbaban el sueño, ni le quitaban el apetito.

Su amistad con Lastanosa no es sólo gratitud por los favores y atenciones que de él recibía, sino que es ante todo la atracción de dos temperamentos semejantes, igualmente afanosos de saber, y poseídos de la misma fruición por rebuscar noticias, datos y pormenores de interés para la cultura.

Su temple satírico es de tal índole que ni se exalta cuando alaba la virtud, ni se indigna cuando fustiga el vicio. No es duro como Juvenal y Persio, pero tampoco es transigente como Horacio y Marcial.

Baltasar Gracián discurre siempre con un ritmo pausado y sereno.

Predominio del intelecto sobre la sensibilidad.

Cejador dice de él que “era hombre de poderosa inteligencia, de ingenio sutil como pocos, de viva fantasía, aunque de poca ternura de afectos” (1).

Yo he leído y releído las obras de Gracián: sorprende el ingenio, la agudeza, la profundidad; rara vez habla apasionadamente el corazón. Él que había de escribir cosas tan bellas en “El Comulgatorio”, al examinar, en “El Criticón” (2), los diversos géneros literarios no tiene palabra alguna que dedicar a nuestros grandes poetas místicos.

Menéndez y Pelayo reconoce, sin ambages ni rodeos, que predominaban en él demasiado las facultades intelectuales (3).

Esto no es rebajar su mérito, ni declarar su falta de sensibilidad: es sencillamente analizar su temperamento artístico. Por lo demás, sin una fina sensibilidad no habría podido adquirir un tan hondo y sutil conocimiento del mundo y de los hombres, como acusan sus obras.

A este entendimiento tan poderoso acompañaba una imaginación ardiente y fecunda. De aquí su grande aptitud para la alegoría, en la que pocos escritores le han aventajado, y mediante la cual acertaba a ver las relaciones más extrañas entre las cosas.

Las fuentes de su erudición.

A las indicadas facultades se juntaba en Gracián una cultura extraordinaria. En “El Criticón” dice con referencia a los libros: “Estas son las preciosas alhajas de los entendidos. No hay lisonja, no hay fullería, para un ingenio, como un libro nuevo cada día. Las pirámides de Egipto ya acabaron, las torres de Babilonia cayeron, el romano Coliseo pereció, los palacios dorados de Nerón caducaron, todos los milagros del mundo desapare-

(1) Julio Cejador. — «Historia de la lengua y literatura castellana», t. V, pág. 133

(2) Baltasar Gracián. — «El Criticón». Parte 2.^a, Crisi IV.

(3) Marcelino Menéndez y Pelayo. — «Historia de las Ideas estéticas en España», t. III, pág. 521.

cieron, y solos permanecen los inmortales escritos de los sabios que entonces florecieron, y los insignes varones que celebraron. ¡Oh gran gusto el de leer! Empleo de personas, que si no las halla las hace". (1). Y más adelante exclama: "¡Oh fruición del entendimiento! ¡Oh tesoro de la memoria, realce de la voluntad, satisfacción del alma, paraíso de la vida! Gusten unos de jardines, hagan otros banquetes, sigan éstos la caza, cébense aquéllos en el juego, rocen galas, traten de amores, atesoren riquezas con todo género de gustos y pasatiempos; que para mí no hay gusto como el leer, ni centro como una selecta librería" (2).

Las fuentes de su erudición fueron tantas que enzarzada tarea echaría sobre sí quien quisiera escudriñarlas todas. Veamos las más importantes.

Poseía Gracián, ante todo, una gran cultura griega y latina. Entre los griegos le seducían Platón y Luciano de Samosata, de quienes habla siempre con respeto y con elogio. Entre los latinos le atraen Séneca el filósofo y Plutarco, Tácito y Cicerón, pero sobre todos Marcial y Plinio. En su "Agudeza y Arte de Ingenio" no hay escritor antiguo ni moderno a quien nombre más frecuentemente que a Marcial. Y de Plinio dice en la referida obra: "Oh tú, cualquiera que aspiras a la inmortalidad, con la agudeza y cultura de tus obras, procura de censurar como Tácito, ponderar como Valerio, reparar como Floro, proporcionar como Patérculo, aludir como Tulio, sentenciar como Séneca, y todo como Plinio" (3). "El Panegírico de Trajano" es la obra modelo para Gracián.

Es además un erudito neolatino. En sus obras vemos citados con más o menos frecuencia a Dante, Petrarca, Guicciardini, Marini... entre los italianos y a Camoes entre los portugueses. Es innegable que desdeña algún tanto a los franceses (4).

Es también un erudito castellano. Las producciones de don Juan Manuel, Garcilaso de la Vega, Góngora, Mateo Alemán, Lope de Vega, etc., le son familiares.

Es por fin un erudito aragonés, pues aparte Marcial, a quien

(1) «El Criticón». Parte 2.^a, Crisi IV.

(2) *Idem, ídem, ídem.*

(3) Entiéndase Plinio el Joven. Baltasar Gracián. — «Agudeza y Arte de Ingenio». Discurso LXI.

(4) No obstante, un francés, Coster, había de ser su primer gran biógrafo.

ya hemos aludido, reverencia a los Argensola, a Salinas, a Uzta-
rroz, y otros de que que haremos mención más adelante.

Pero “el mejor libro del mundo es el mundo mismo”, decía Gracián. Así, pues, no es de extrañar que de su vasta cultura y de su gran penetración surja ese singular realismo suyo, de dentro a fuera, perenne alegoría en que se encierra admirablemente plasmada la realidad y la vida.

Ideario estético de Gracián.

Contra lo que se ha supuesto, el ideario estético de Gracián es amplio y comprensivo. Examinemos separadamente sus ideas acerca de la Naturaleza, el Arte y la Belleza literaria.

La Naturaleza.

En su obra magna, “El Criticón”, hablando de la Naturaleza, dice Gracián, por boca de Andrenio y Critilo:

“Lo que yo mucho celebraba—advierde Andrenio aludiendo a la Naturaleza—era el ver tanta multitud de criaturas con tanta diferencia entre sí, tanta pluralidad con tan rara diversidad, que ni una hoja de una planta, ni una pluma de un pájaro, se equivoca con las de otra especie”.

“Es que atendió—ponderó Critilo—aquel sabio Hacedor, no sólo a la precisa necesidad del hombre, para quien todo esto se criaba, sino a la comodidad y regalo, ostentándose en esto su infinita liberalidad, para obligarle a él que con la misma generosidad le sirva y le venera”.

“Hallábame—proseguía Andrenio—en medio de tan agradable laberinto de prodigios en criaturas, gustosamente perdido... sin saber donde acudir. Dejábame llevar de mi libre curiosidad siempre hambrienta. Cada empleo era para mí un pasmo, cada objeto una nueva maravilla. Cogía esta y aquella flor solicitada de su fragancia. Lisonjeado de su belleza, no me hartaba de verlas y de olerlas, descogiendo sus hojas y haciendo prolija anatomía de su artificiosa composición. Y de aquí pasaba a aplaudir toda junta la belleza, que en todo el universo resplandece. De modo ponderaba yo que si es hermosa una flor, mucho más todo el pra-

do; brillante y linda una estrella, pero más vistoso y lindo todo el cielo. Porque ¿quién no admira, quién no celebra tanta hermosura junta con tanto provecho?”.

“Tienes buen gusto—dijo Critilo—, mas no seas tú uno de aquellos que frecuentan cada año las florestas, atentos no más que a recrear los materiales sentidos, sin emplear el alma en la más sublime contemplación. Realza el gusto a reconocer aquella beldad infinita del Criador, que en esta terrestre se representa, infiriendo que si la sombra es tal ¿cuál será su causa y la realidad a quien sigue”? (1).

De los textos acotados, y de otros muchos que pudieran traerse aquí, se colige que el concepto que Gracián tenía de la belleza natural es un concepto elevado, formado como resultante de una apreciación justa y exacta de la Naturaleza.

El Arte.

A propósito del Arte, dice Gracián en “El Criticón”: “Es el Arte complemento de la Naturaleza y un otro segundo ser, que por extremo la hermosea y aun pretende excederla en sus obras. Préciase de haber añadido un otro mundo artificial al primero. Suple de ordinario los descuidos de la Naturaleza, perfeccionándola en todo; que sin este socorro del artificio quedara inculta y grosera... Este fué sin duda el empleo del hombre en el paraíso, cuando le revistió el Criador la presidencia de todo el mundo y la asistencia en aquel para que lo cultivase: esto es, que con el Arte lo aliñase y puliese. De suerte que es el artificio gala de lo natural, realce de su llaneza. Obra siempre milagros. Y si de un páramo puede hacer un paraíso, ¿qué no obrará en el ánimo, cuando las buenas artes emprenden su cultura?” (2).

¡Cuán justa comparación entre la belleza natural y la artística; y cuán acertado juicio sobre la eficacia del Arte en la Educación!

(1) «El Criticón». Parte 1.^a, Crisi III.

(2) Idem, ídem, Crisi VIII.

La Belleza literaria.

Para Gracián, la belleza literaria es eminentemente intelectual. He aquí algunas pruebas.

“Lo que es para los ojos la hermosura, y para los oídos la consonancia, eso es para el entendimiento el concepto”, dice en su “Agudeza y Arte de Ingenio”. “No se contenta el ingenio con sola la verdad, como el juicio, sino que aspira a la hermosura”, añade más adelante en la misma obra. “Poco fuera en la arquitectura asegurar firmeza, si no atendiera al ornato” (1). Así entendía Gracián el arte literario, dando de lado a lo que no sea verdad y belleza juntas. Rechazaba, por tanto, la máxima del arte por el arte, profesando la tesis del arte transcendental. En esto se mostraba hijo legítimo de nuestra tierra, donde siempre cundió la misma idea. Nuestro gran clásico, Bartolomé Leonardo de Argensola, ha expresado este ideal literario, en versos difícilmente superados en nuestro parnaso:

Y cuando en la sazón más importuna
sigue aquél en la selva unos ladridos
al resplandor escaso de la luna;
y el otro rinde al juego los sentidos
o en indignos sujetos que no ignoras
andan nuestros patricios divertidos;
tú, retirado en las nocturnas horas,
escribe a vigilante lamparilla,
o en la estudiosa luz de las auroras,
contra el rapaz que la razón humilla
remedios nuevos con primor juntando
en los versos deleite y maravilla (2).

Como se ve en los pulcros tercetos precedentes, el famoso Recitor de Villahermosa se dirige a un poeta, y al ponerle de manifiesto lo elevado de su misión, le señala la ruta que debe seguir para que sus versos sean a un mismo tiempo enseñanza y entre-

(1) «Agudeza y Arte de Ingenio». Discurso II.

(2) Bartolomé Leonardo de Argensola. — «Epístola a D. Fernando de Soria Galvarro».

tenimiento, motivo de deleite y estímulo de moralidad (1). Gracián muéstrase en todo momento identificado con este criterio poético.

II

Su obra literaria.

Unidad que se advierte en su producción.

Dejando aparte obras que se han perdido, y alguna de escaso mérito (“Selvas del Año”), o de atribución dudosa (“El Oráculo manual y Arte de prudencia”), su producción comprende seis libros, de asunto al parecer muy diverso, pero entre los cuales existe, a mi juicio, una estrecha trabazón espiritual. Todos ellos, como advierte Navarro Ledesma, “obedecen a un plan preconcebido; y en ellos se propuso el autor crear o formar el tipo del varón ideal y perfecto, útil para todos los menesteres de la tierra y capaz de encumbrarse a las más altas regiones del cielo. No ha de considerarse cada uno de estos libros separado de los demás, puesto que presentan distintos aspectos o facetas de un pensamiento único y de un sistema filosófico, moral y práctico absolutamente moderno, como que de él se deduce que el hombre, cultivando su ingenio, templando su voluntad y rigiendo sus pasiones en el trato de la sociedad, en la meditación y en la consideración de las cosas del espíritu, encontrará resueltos los más arduos y más graves problemas de la vida” (2).

Puntualizando un poco más podemos decir que Gracián se propone la formación religiosa del hombre en su “Comulgatorio”, su formación moral para la vida diaria en “El Discreto”, su preparación para las grandes empresas en “El héroe”, y para la vida pública en “El Político D. Fernando el Católico”, la educación literaria en la “Agudeza y Arte de Ingenio”, y todo ello en “El Criticón”.

(1) En mi libro «Florilegio de Cultura moderna», págs. 161 y 162, trato, siquiera sea brevemente, de esta tesis de los Argensola.

(2) F. Navarro Ledesma. — «Historia literaria», pág. 287.

Hay, pues, unidad de propósito y de finalidad. La hay también de estilo, dejando a salvo la evolución natural en todo escritor de la juventud a la vejez, y haciendo cierta excepción de “El Comulgatorio”, que es su obra más sencilla y más diáfana.

El Código literario de Gracián debe merecernos consideración especialísima. Su libro “Agudeza y Arte de Ingenio” es toda una teoría del arte literario. Los sesenta y tres discursos que comprende esta obra, hacen de ella un verdadero código literario. Examinémosle desde estos tres puntos de vista: en su aspecto estético, en sus normas preceptivas y en su sentido histórico (1).

El Código literario de Gracián desde el punto de vista estético : : : :

“Entendimiento sin agudeza ni conceptos es sol sin luz, sin rayos, y cuantos brillan en las celestes lumbreras son materiales con los del ingenio. ¡Qué fuera Agustino sin sus sutilezas, Ambrosio sin sus ponderaciones, Marcial sin sus sales y Horacio sin sus sentencias!”. Para Gracián, la principal cualidad del literato es la agudeza.

Mucho se le ha censurado por esto y acaso haya en estas censuras cierto fondo de verdad, pero téngase en cuenta que la palabra agudeza, tal cual la entiende Gracián, tiene una acepción muy amplia. Todavía hoy decimos de un muchacho listo, inteligente, despierto, que es muy agudo. La agudeza así entendida no aprovecha solamente, como se ha pensado, para ver las relaciones superficiales entre las cosas: por eso no son ingeniosos muchos que presumen de ello. La agudeza en Gracián es potencia de ahondar en el fondo de las cosas; y del profundo conocimiento de éstas induce relaciones, al parecer extrañas, pero casi siempre exactas.

Comprueba la verdad de esta interpretación, ver cuáles son para Gracián las causas de la agudeza. Estas son cuatro: el ingenio, la materia o asunto, el ejemplar o erudición, y el arte o conocimiento de las reglas literarias (2).

(1) La edición de la «Agudeza y Arte de Ingenio» a que se refieren las citas de esta conferencia es la impresa en Barcelona por Pedro Escuder y Pablo Nadal, en 1748, formando parte dicho libro de las obras de Gracián publicadas en dos tomos.

(2) «Agudeza y Arte de Ingenio». Discurso LXIII.

Pertrechado de armas tan poderosas, Gracián contrasta todas las cosas de la vida y todos los valores de la Literatura. Y lo hace de tal modo que, para mí, toda la técnica gracianista no es sino la expresión literaria de lo que bien pudiéramos llamar *psicología del contraste*. “Todo gran ingenio—dice—es ambidextro, discurre a dos vertientes, y donde la ingeniosa comparación no tuvo lugar, da por lo contrario y levanta la disparidad” (1). Así procede él siempre.

Es éste un extremo fundamental que refleja admirablemente la manera especial de “hacer literatura” que usa continuamente Gracián.

El Código literario de Gracián desde el punto de vista preceptivo : : :

La matriz de toda obra literaria, para el polígrafo de Belmonte, es el *concepto*, el cual es un acto del entendimiento que expresa la correspondencia que se halla entre los objetos.

Divide Gracián la agudeza en varias clases: agudeza de perspicacia y de artificio; de concepto y verbal o de palabra; de acción; de contrariedad, y compuesta (2).

No he de seguir a Gracián en el menudísimo análisis de las diversas especies de agudeza que presenta; pero sí he de apuntar algunas ideas y algunos ejemplos para mostrar hasta qué punto es cierta mi teoría sobre la técnica del contraste en la obra de Gracián.

IMPROPORCIÓN.—Con su armonía contrapuesta lisonjea el ingenio. Así se ve en aquel soneto (fruto de la más fértil vega) dedicado a San Antonio de Padua (3). Presenta el poeta a San Antonio, ya hombre, teniendo en sus brazos al Niño Jesús; y lo que llama la atención de Gracián en dicha composición es el último terceto, en el cual se contraponen la figura del santo, ya adulto, y la diminuta del Niño Dios que se nos muestra a su lado (4).

(1) «Agudeza y Arte de Ingenio». Discurso XVI.

(2) *Idem idem*. Discurso III.

(3) El autor alude aquí a Lope de Vega.

(4) «Agudeza y Arte de Ingenio», pág. 40.

Tanto se humilla y tanto os engrandece,
que porque parezcáis tan grande al mundo,
Dios tan pequeño junto a vos parece.

Aquí para Gracián hay belleza literaria porque hay contraste.

SEMEJANZA.—No es una de las flores retóricas meramente, sino que es concepto y sutileza de la inventiva. Véase por duplicado en este cantar (1).

Cada labio colorado
es un precioso rubí.
Y cada diente una aljofra (2)
que al alba suele reír.

Muéstrase la semejanza entre los labios y los rubíes de una parte, y de los dientes con los aljófares por otra. Hay contrastes.

DISPARIDAD.—De la diversidad de los efectos se saca en disparidad ingeniosa la de las causas: “Así Plinio ponderó en su Panegírico (3) el entrar triunfando Trajano en Roma a pie, rodeado de los senadores y caballeros, cuando los otros Césares solían entrar en triunfales carrozas, tiradas de fieras y tal vez de graves personajes. Esto sí, dice, que no es triunfar de la paciencia de los vasallos, sino de la soberbia de sus antecesores” (4). El contraste es evidente.

INGENIOSAS TRANSPOSICIONES.—Consisten en transformar los objetos y convertirlos en lo contrario de lo que parecen. Son—dice Gracián—obra grave de la inventiva, pronta tropelía del ingenio. He aquí dos ejemplos en los que el contraste no falta:

“El Gran Capitán, de entendimiento igual a su valor, habiéndose pegado fuego a la pólvora, al comenzar aquella memorable batalla de la Chiriñola (5), animó a sus gentes diciendo: ea, que no es desgracia, sino luminarias anticipadas de nuestra cierta victoria” (6).

El otro ejemplo es el siguiente: “Diciendo Adriano VI que

(1) «Agudeza y Arte de Ingenio», pág. 55.

(2) Entiéndase «aljófara».

(3) Plinio el Joven, en su obra «Panegírico de Trajano».

(4) «Agudeza y Arte de Ingenio», pág. 88.

(5) «Batalla de Ceriñola».

(6) «Agudeza y Arte de Ingenio», pág. 93.

haría echar en el Tíber al crítico Pasquín para que no hablase tanto: No conviene, Santísimo Padre, le dijo el galante duque de Sessa, embajador de España, que se convertirá en rana, y si ahora canta de día, entonces cantará de día y de noche” (1).

PRONTAS RETORSIONES.—Superioridad es del discurso no rendirse a la agudeza del que provoca, sino aspirar al vencimiento con otra igual y aun mayor. En esto consisten las prontas retorsiones, según Gracián. Véase un ejemplo por él mismo escogido: “El rey D. Sebastián, con la rara prontitud y viveza de ingenio que tenía, respondió a los que le querían disuadir de su mal logrado intento: He, que no lo entendéis, que el *cometa* me está diciendo que *acometa* (2). La retorsión es un contraste, siquiera sea lingüístico.

Respecto de este género de agudeza, advierte Gracián que es censurable el abuso en el jugar del vocablo.

PARADOJA.—La define nuestro filósofo diciendo que es monstruo de la verdad. Frecuentemente se da en la vida. Hay acciones extraordinarias y la razón que de ellas dan sus autores lo suelen ser mucho más.

“Tal fué aquella del rey Luis XI de Francia, bastante prueba de su política. Refiriéndole sus familiares, después de una grave enfermedad que tuvo, cómo arrebatado de la frenesí había intentado arrojar por una ventana, si no le hubieran detenido; preguntó quiénes eran los que le detuvieron, y sabidos los mandó degollar. Admirándose sus cortesanos de tal paga a tal servicio, dió por razón que a un rey, aun cuando esté fuera de sí por algún accidente, nadie se ha de oponer a su voluntad, ni resistir a sus intentos” (3).

El contraste entre lo que fué y lo que debió ser es tan claro en este caso como en el que sigue.

“Al lado desta se puede poner aquella otra paradoja del Duque de Milán, Bernabé Vizconte. Veníase paseando un día por un camino muy estrecho, orillas de un gran río, acompañado de sus caballeros; llegó a encontrarse en el paso más apretado con un villano, que traía delante una bestia de carga. Viendo éste que no podía volver atrás, ni dar lugar para que pasase su señor có-

(1) «Agudeza y Arte de Ingenio», pág. 96.

(2) *Idem idem*, pág. 100.

(3) *Idem idem*, pág. 128.

modamente, con resolución, y galantería más que suya, dió un empujón a la bestia, y la despeñó al río, donde pereció: pero lo que fué aplaudida la acción de los cortesanos, fué siniestramente recibida del Duque, pues mandó al punto despeñarle a él también, y arrojarle al río; satisfizo a la admiración, y aun indignación de todos, diciendo que no había de haber villano, que pudiese alabarse de haber hecho género de galantería jamás: tanta es la ruindad de su vileza" (1).

AGUDEZA MALICIOSA.—Consiste su artificio en glosar interpretando, adivinando, torciendo y tal vez inventándose la intención, en la cual se pone siempre cierta malicia. "Estaba dando una hermosa dama unos confites a un niño, y al ponérselos en la boca le decía que cerrase los ojos: no obedeciendo el rapaz, volvió a instarle que cerrase los ojos, y él proseguía en estarla mirando. Dijo entonces el galante y agudo Rufo: Señora, él no quiere perder el cielo por una golosina" (2). ¡Gracioso contraste!

CRISIS JUICIOSAS. — Las juiciosas calificaciones participan igualmente de la prudencia y de la sutileza. Ved con qué artificiosa antítesis (contraste vigoroso y sostenido) describe la mujer Lope de Vega:

Es la mujer, del hombre lo más bueno.
 Es la mujer, del hombre lo más malo.
 Su vida suele ser y su regalo.
 Su muerte suele ser y su veneno.
 Es vaso de bondad y virtud lleno.
 A un áspid libio su ponzoña igualo.
 Por bueno al mundo su valor señalo.
 Por falso al mundo su valor condeno.
 Ella nos da su sangre, ella nos cría.
 No ha hecho el cielo cosa más ingrata.
 Es un ángel y a veces un harpía.
 Tan presto tiene amor, como maltrata.
 Es la mujer, al fin, como sangría,
 que a veces da salud y a veces mata (3).

DICHOS HEROICOS.—La gran capacidad osténtase en las sen-

(1) «Agudeza y Arte de Ingenio», pág. 128.

(2) Idem idem, pág. 147.

(3) Idem idem, pág. 162.

tencias; el grande ánimo en los dichos heroicos. El contraste asoma siempre.

“Alejandro se tapaba una oreja oyendo una acusación, y preguntando por qué hacía aquello respondía: Guardo esta otra para el reo” (1).

“Por un encarecimiento expresó bien la profundidad de un pecho real, el Tercero Pedro de Aragón, respondiendo al Embajador del Papa que le preguntaba contra quién armaba: Que si supiera que su camisa llegaba a entender el menor secreto de su pecho, al mismo punto se la desnudaría y la abrasaría” (2).

ESTRATAGEMAS.—“Son los estratagemas para Gracián, lo más primoroso de todas las artes. Válese de ellos la Retórica; estímalos la pintura para duplicar la perfección; refiere muchos Plinio, el universalmente erudito; también el moderno Carducho, tan elocuente en la pluma como diestro en el pincel, hace memoria agradable de algunos muy bien pensados. No los desprecia la Arquitectura, pero donde se logran con fruición es en los jardines y en los convites” (3).

Estratagema ingeniosa y sutil fué la de “aquél que saliendo al desafío, llevaba un escudo de cristal, cubierto con velo, y llegando a la ocasión, cogióle el sol al contrario, y desarrebozando el escudo de repente, le deslumbró y cegó de tal suerte con la reflexión de los rayos, que con facilidad pudo vencerle” (4).

Gracián, en su libro “Agudeza y Arte de Ingenio” trata todavía de otras muchas formas de expresión. No hemos de seguirle en su tarea. En todas ellas resplandece la idea del contraste. Al final dedica algunas páginas al examen del estilo: sobre este punto nos proponemos hacer algunos comentarios.

EL ESTILO. — Mucho se ha escrito sobre el estilo, pero las ideas de Gracián no han sido rectificadas. “En su hermosa variedad—dice—, dos son los estilos capitales, redundante el uno y conciso el otro, según su esencia: asiático y lacónico, según la autoridad. Otros dos géneros de estilo hay célebres, muy altercados de los valientes gustos, y son el natural y el artificial; aquél liso, corriente, sin afectación, pero propio, casto y terso; éste pu-

(1) «Agudeza y Arte de Ingenio», pág. 178.

(2) *Idem idem*, pág. 178.

(3) Gracián usa el vocablo «estratagema», que es femenino en el castellano actual, como masculino.

(4) «Agudeza y Arte de Ingenio», pág. 251.

lido, limado, con estudio y atención; aquél claro, éste dificultoso". Otras muchas cualidades pueden resplandecer en un estilo y caracterizarlo, ya que todo el temperamento, toda la cultura, toda la formación del escritor se reflejan en el estilo que le es propio. Unamuno ha dicho que el estilo es el acento del sentimiento. Mas en la doctrina de Gracián están las distinciones fundamentales consagradas por la historia de la literatura (1).

He ahí el esquema del libro como tratado de Preceptiva literaria.

"Agudeza y Arte de Ingenio" es un libro poco y mal conocido. Para algunos, la generalidad, es el código del culteranismo. Para otros, es el código del conceptismo. Para otros, finalmente, es el código de uno y otro mezclados. Reina, pues, en este punto una gran desorientación.

A mi juicio, ha sido leído a trozos y no con la atención debida. Si Gracián fuera un escritor de gusto exclusivista no tomaría indistintamente sus ejemplos de toda clase de autores. El vicio literario de Gracián (realzar excesivamente la agudeza, con mengua de otras cualidades) se debe más que a él a su tiempo. A cambio de tal defecto, ¡qué riqueza de léxico, hay en esta obra, qué caudal tan copioso de ideas felicísimas, qué donosura en los juicios, qué alarde de intención crítica, qué acierto en muchas de sus particulares apreciaciones literarias! Aquí surge el tercer aspecto del libro.

El Código literario de Gracián desde el punto de vista histórico-literario.

Gracián, en esta obra especialmente, siempre que nombra a un autor, y los nombra a millares, lo adjetiva. Es hiperbólico muchas veces, sobre todo cuando nombra a familia y amigos. Pero suele proceder con tino en la generalidad de los casos.

Juzgando a los latinos, dice: "El padre de la elocuencia, Marco Tulio Cicerón, aquel que magnificó tanto a Roma con su lengua, como Cipión con su brazo, tiene eminente lugar entre los ingeniosos y agudos, aunque como orador se templaba, y como filósofo ejercitaba más el juicio que el ingenio... Séneca fué un

(1) Gracián dedica al estudio del estilo dos discursos o capítulos: el LX y el LXI.

oráculo sentencioso... Y Marcial fué tan agudo que las Musas, leídos sus catorce libros, en lugar del vulgar Finis pusieron Fénix" (1).

Entre los poetas españoles, alude con familiar frecuencia a los aragoneses. Además de Marcial, los Argensola, Salinas y Uztarroz, ya citados, nombra a otros, y recoge obras de Juan de Verzosa, cisne del Ebro; Diego de Fuentes, célebre por lo ingenioso; Martín Bautista de Lanuza, ornamento grande de Zaragoza, su patria, por su nobleza y por su ingenio; Juan Lorenzo Ibáñez, ingenio de muchas esperanzas; Diego Morlanes, excelente ingenio zaragozano; Antonio Pérez; etc.

El historiador de la literatura tiene mucho que aprender en este libro original, que si no fué escrito para el vulgo, tampoco para que los doctos lo despreciaran, sin haberse tomado la molestia de estudiarlo. Es la corriente de los tiempos desdeñarlo todo, a impulso de una artificiosa e insana originalidad. Así, Menéndez y Pelayo—se dice—es un erudito falto de precisión y de buen sentido; Calderón de la Barca, un culterano sin importancia; el general Palafox, un soldado con más suerte que arrojo en la pelea; Agustina de Aragón, una mujer despreciable; la Reconquista, una lucha mecánica sin relieves espirituales ni esfuerzos gigantes; el árbol de Sobrarbe, una invención caprichosa de historiadores desocupados; Bartolomé Esteban Murillo, un pintor de cromos finos e insustanciales; la jota aragonesa, un canto antipático pregonero de soberbias y vanidades intolerables... ¡Para qué seguir por este camino, ya trillado, del fingimiento y de la petulancia más inverosímiles!

Como profesor que soy, no pienso que deba educarse a nadie en un ambiente de falsedades, pero tampoco hay derecho a sacrificar sistemáticamente la verdad o sus probabilidades, en aras de una originalidad ridícula y suicida. Por lo que a mi toca, no me recato para decir que en tanto mi pecho aliente podré equivocarme sin saberlo, pero jamás traicionaré la verdad por el gusto depravado de calumniar a mi patria.

(1) «Agudeza y Arte de Ingenio», págs. 319 y 320.

III

Gracián y la crítica.**Evolución de la crítica gracianista en España.**

La crítica gracianista, sobre todo en nuestro país, ha pasado por estos tres períodos: primero, indiferencia; segundo, hostilidad; tercero, comprensión.

INDIFERENCIA.—Durante muchos años, las obras de Gracián publicadas en ediciones detestables permanecieron sepultadas bajo el polvo del olvido.

Al hacerse en nuestro país los primeros trabajos de organización de la historia literaria, los críticos hojearon a la ligera “El Criticón”, y se les cayó de las manos.

HOSTILIDAD. — La hostilidad contra la obra de Gracián se desata en la segunda mitad del siglo XIV. Pedro de Alcántara García, colaborador de Revilla, opina que la “Agudeza” es un tejido de díslates; y al citar “El Criticón”, entre dos obras insustanciales, agrega por todo comentario que Gracián llevó a la exageración el estilo risible y absurdo de Góngora (1).

El P. Graciano Martínez, Méndez Bejarano y otros ilustres comentaristas hacen coro solemne a esta crítica hostil y despiadada, en libros que corren por las manos de todos.

Respetuosos con todas las opiniones, nos limitamos aquí a registrar el episodio de la crítica hostil a Gracián.

COMPRESIÓN.—Cierta día vinieron de Alemania vientos de elogio; y poco a poco se fué abriendo la obra de Gracián a la curiosidad y a la comprensión de los críticos de todas las tendencias.

Azorín, Cejador, Liñán y Heredia y otros han ensalzado y difundido, cada uno a su modo, la obra de Gracián.

Gómez de Baquero ha hecho todavía más, puesto que ha popularizado con su seudónimo “Andrenio” el nombre de uno de los principales personajes de “El Criticón”. Esta cordialidad literaria es simbólica.

(1) Pedro de Alcántara García. — «Historia de la Literatura española», pág. 418.

Baltasar Gracián empieza a ser comprendido y estimado en su patria. Esto no quiere decir que sea un escritor popular. Probablemente, escritores del tipo de Gracián no serán populares nunca. La erudición extremada y la vulgaridad son antípodas.

Gracián en el extranjero.

Fuera de España se le ha estudiado más, pero acaso no se le haya comprendido mejor. Escritos como los de nuestro autor, de un léxico tan rico y original, de un estilo tan concentrado, son difícilmente asequibles a los extranjeros.

No obstante, la crítica extranjera sobre Gracián es interesante y copiosa. Veamos alguna muestra de ella.

ALEMANIA.—Hay razones especiales que justifican el gran predicamento de Gracián entre los modernos filósofos alemanes: a) la atención profunda y sostenida del investigador germánico; b) el haberse preocupado los alemanes principalmente del fondo de la obra de Gracián; c) la idea latente en el polígrafo aragonés sobre identidad más o menos cabal entre el mundo exterior y su representación en la mente humana (subjetivismo kantiano).

Aparte las estridencias de Nietzsche, y los ditirambos de Schopenhauer, es lo cierto que Postel, en el siglo XVII, y Borinsky en el XIX, han estudiado a Gracián bastante juiciosamente.

INGLATERRA.—No se le ha exaltado tanto en Inglaterra como en Alemania, pero se le ha mirado siempre con respeto por parte de la crítica británica.

El "British Museum" conserva uno de los dos ejemplares que se conocen de la primera edición de "El Criticón" (1).

Addison cita a Gracián tres veces, con sumo respeto, en "The Spectator". Lord Morley dice del arte de Gracián que con sus aforismos sabe dar giro elegante a una vulgaridad cualquiera. Y Fitzmaurice-Kelly advierte que Gracián, "observador inteligente y fino, cae a veces en la paradoja para evitar lo trivial".

La crítica alemana es más filosófica; la inglesa es más literaria.

FRANCIA.—La nación francesa nos ha dado con Coster la biografía más importante que conocemos de Gracián.

(1) El otro ejemplar lo posee D. Julio Cejador.

Foulché-Delbosc ha examinado también con algún escrúpulo la producción gracianista. Pero, en general, no es Francia el país donde mejor se le ha interpretado. Ernesto Merimée lo da a entender claramente: “Cierto—dice—que Gracián poseía un espíritu flexible, hábil y fino, y que tenía penetración y arte; pero sus cualidades positivas fueron echadas a perder por aquel constante rebuscar de sutilezas, aun para expresar las ideas más sencillas, y por aquellos rodeos y confusiones del estilo que hacen difícil y fatigosa, para nosotros al menos, la lectura de sus obras. Pero hay que repetirlo: otros descubren allí bellezas que a mí no llegan; se me escapan”.

ITALIA.—Modernamente se ha extendido por Italia el conocimiento de las obras de Gracián.

Arturo Farinelli, en su obra “Baltasar Gracián: Estudio crítico”, demuestra poseer copiosa erudición y discreto juicio. Dice de él que es “pensador original y agudo, siempre en continua efervescencia de ideas. Nadie le disputará la riqueza prodigiosa, inagotable de ideas, la genialidad intuitiva, el conocimiento del corazón humano”.

Nuestra opinión sobre Gracián.

Enjuiciemos ya serenamente, por nuestra cuenta, la producción literaria de nuestro autor. Y procurando pesar, un poco siquiera, nuestras palabras, comenzaremos por decir, sencillamente, que Baltasar Gracián es un escritor moralista con ribetes de satírico. Tiene mucho de filósofo y mucho de artista.

Si fuera cierto, como dice Vauvenargues, que las mejores ideas de un autor son las que medita menos, Gracián sería un escritor detestable. Si, por el contrario, el escritor debe dejar posar sus pensamientos y corregir cuidadosamente sus escritos, como aconseja Horacio, Gracián es un autor de positivo mérito.

Su estilo es denso, concentrado, alegórico. Su prosa tiene ornato de orfebrería e impresiona como el arte plateresco. ¡Lástima que, algunas veces, caiga en los extremos del barroquismo!

Paralelo entre Quevedo y Gracián.

Hay entre ambos ingenios muchos puntos de contacto, pero también grandes diferencias. Salgamos, pues, al paso del tópico que los identifica haciendo de Gracián un segundo Quevedo.

Gracián vivió en el claustro. Quevedo fué un hombre de mundo.

Gracián fué prosista. Quevedo escribió mucho en prosa, pero también mucho en verso.

En Gracián predomina la reflexión. En Quevedo, la fantasía.

Gracián es más filósofo. Quevedo es más poeta.

Corroborra este paralelo el juicio que de Quevedo nos ha legado Gracián:

“Estas hojas de Quevedo son como las del tabaco, de más vicio que provecho, más para reír que para aprovechar.”

Gracián y Cavia.

A pesar de la distancia que los separa, considero de más interés el parangón de Gracián y Cavia que el de Gracián y Quevedo.

Gracián respecto de Cavia es como una semilla preciosa que al cabo de largo tiempo da un fruto sabroso.

Blasco Ibáñez, en el discurso pronunciado en Zaragoza (año 1921), con motivo de la inauguración del busto de Mariano de Cavia, que hoy se ostenta, a la faz de todos, en la plaza de Aragón de nuestra ciudad, sostuvo la tesis de que el insigne periodista zaragozano era literariamente un legítimo descendiente de don Francisco de Quevedo. No negamos la relación intelectual que pudiera haber entre ambos ingenios; pero echamos de menos en aquella oración un recuerdo, que hubiera sido muy justo y muy oportuno, al esclarecido ingenio de Belmonte de Calatayud.

Por las razones que siguen, consideramos a Cavia más cerca de Gracián que de Quevedo.

Cavia acude a Quevedo en momentos en que se siente animado por el gracejo; a Gracián, en instantes de oportuna e ingeniosa reflexión.

De Quevedo habla con sorna; de Gracián con sentencioso respeto.

Aragoneses ambos, entre Gracián y Cavia hay grandes concomitancias.

En los dos prevalecía el ingenio sobre toda otra cualidad.

Ambos brillaron como satíricos.

Uno y otro padecieron durante su vida una sed inagotable de lecturas clásicas y modernas.

A los dos atraían por igual aquellos asuntos que más de cerca tocaban a la vida humana.

Los dos se movían más desembarazadamente en la prosa que en el verso.

Y salvando las naturales diferencias de estilo, es lo cierto que algunas crónicas de Cavia, debidamente engarzadas, bien pudieran pasar por crisis de "El Criticón".

El parentesco espiritual entre uno y otro es muy estrecho.

La gracia y la desgracia de Gracián.

En los escritos de Gracián, la gravedad no es obstáculo para la gracia. Ejemplos de esta última cualidad podrían citarse a cientos. Hay un capítulo en "El Criticón" que aprovecha admirablemente para el caso (1). Es un capítulo que merece ser comparado con aquellos del *Quijote* en que el Ingenioso Hidalgo da a su escudero Sancho sabrosísimos consejos antes de marchar éste a gobernar la ínsula Barataria.

He aquí unas cuantas muestras de las sentencias de Gracián; son refranes cuyas prescripciones prohíbe o enmienda:

"Se prohíbe el decir: más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena; pues el sabio dondequiera sabe y el necio dondequiera ignora".

"Se condena aquello de ande yo caliente y ríase la gente, que es una muy desvergonzada frialdad; sólo se les permita a las mujeres que andan escotadas el decir ándeme yo fría y que todo el mundo ría".

"Otros [refranes] se mandan moderar, como aquel: bien haya quien a los suyos parece; que no se ha de entender a los hijos y nietos de alguaciles, alcabaleros, farsantes, venteros, y otra simili canalla" (2).

(1) «El Criticón». Parte 3.^a, Crisi IV.

(2) ¿Será necesario decir que estas palabras de Gracián tienen un significado histórico que en nada roza a la dignidad de profesiones que colectivamente nos parecen hoy respetables?

“Idem se enmienda aquel: donde fueres, harás como vieres; no diga sino como debes”.

“Por ningún caso se diga: darse un buen verde; no, sino muy malo y muy negro, que al cabo deja en blanco, y el rostro avergonzado, y la tez amarilla, y los labios cárdenos, vengándose de él todos los demás colores”.

“Mándase leer al trocado aquel que dice que los locos dicen las verdades, esto es que los que las dicen son tenidos por locos”.

“No hay peor sordo que el que no quiere oír: otro hay peor, aquel que por una oreja le entra y por otra le sale”.

Bien se ve que Gracián es severo y sentencioso, pero con gracia.

Ahora bien, la desgracia le ha perseguido, no solo en forma de leyendas más o menos misteriosas forjadas alrededor de su vida, sino principalmente porque sus escritos, cual los de ningún otro artista literario, requieren una atención profunda y sostenida; y esta es la cualidad más rara en el lector moderno, sobre todo en nuestro país. Aquí la viveza y agilidad del entendimiento hacen punto menos que imposible, en el gran público, la verdadera atención. Por esto es Gracián poco conocido en su propia tierra. ¡Qué mayor desgracia para él!

A evitarla, en lo posible, llamando la atención de las gentes hacia la obra de este genial escritor, ha tendido el curso de conferencias, de que ésta forma parte, desarrollado bajo los auspicios de la Universidad de Zaragoza y en todo momento estimulado por la presidencia del Excmo. Sr. Rector. ¿Lograremos nuestro intento? En todo caso sea patente nuestra buena intención. Y si no alcanzamos que todos lean a Gracián, procuremos siquiera que lo estimen los doctos. La luz de su peregrino ingenio acaso no pueda encenderse, a toda hora, para alumbrar—como él mismo dijera—la plaza del populacho y los corrales del vulgo, pero que arda, a lo menos, con fulgor perenne, en estos cenáculos literarios, de donde algún día saldrá seguramente para alegrar el ánimo de los caídos e inundar con sus resplandores el alcázar literario de la Patria.

